

Reformas Educativas y Progreso Social

1. Educación y sociedad

Juan Delval

ES innegable que la educación es una de las instituciones sociales que contribuye de forma más poderosa al mantenimiento del orden social. Como señaló Durkheim la educación es la socialización metódica de la generación joven y cada sociedad selecciona las formas de educación que mejor contribuyen a conservar las formas sociales existentes.

Durante decenas de miles de años las sociedades humanas han cambiado muy lentamente; por ello lo que cada individuo debía aprender era muy semejante a lo que habían aprendido sus padres y sus abuelos, que por otra parte era de quienes se solía recibir la mayor parte de la educación. Sin embargo, en la sociedad occidental los cambios se van produciendo cada vez con mayor celeridad y desde hace unos doscientos años la idea de progreso, es decir de cambio intencionado y hacia un estado mejor, ha pasado a formar parte de los ideales sociales generalmente compartidos. Han aumentado las cotas de bienestar, los bienes disponibles, la calidad de la vida material, hay una mayor movilidad social, etc. Al mismo tiempo se han producido también cambios en la educación, el más llamativo de los cuales ha sido la extensión de la educación formal a toda la población.

En efecto, hasta hace no muchos años la mayoría de los individuos se educaban en su

propia casa, en contacto con adultos de los que aprendían lo que se consideraba indispensable para su integración social y para su supervivencia futura, de tal forma que la escuela estaba reservada a muy pocos. Pero sobre todo en el último siglo se ha tendido a que toda la población esté escolarizada y asista a una institución especializada dedicada únicamente a la transmisión de valores y conocimientos y a cargo de personas dedicadas específicamente a ello. Aunque las diferencias de escolaridad siguen siendo grandes entre los distintos individuos hay una tendencia a que se permanezca como mínimo en la escuela ocho o diez años.

Cuando se instituyen en los países occidentales las escuelas obligatorias para todos a lo largo del siglo XIX la principal preocupación era transmitir en ellas conceptos religiosos, valores morales, amor a la patria y unos pocos conocimientos instrumentales sobre aritmética y lectura y escritura. A través de todo ello se trataba de inculcar en definitiva un respeto y una sumisión a la legítima autoridad, para hacer buenos súbditos, disciplinados y respetuosos hacia el poder establecido. Pero a medida que aumentaba el bienestar, y junto con ello la duración de la escolaridad obligatoria, se iban introdu-

ciendo nuevos conocimientos y más contenidos. Así fueron apareciendo en la escuela obligatoria nociones de ciencias de la naturaleza, matemáticas que iban más allá de la aritmética elemental, una historia que no se reducía a glosar las grandes gestas del propio país, geografía de otras naciones, y algunos rudimentos de ciencias sociales. El lenguaje no sólo incluía la gramática sino también la historia de la literatura y otras lenguas muertas o vivas. Lentamente los programas fueron creciendo tanto que parece que su meta era convertirse en la enciclopedia del saber universal.

Pero estos cambios tan considerables y de tantas consecuencias sociales no supusieron, en cambio, transformaciones comparables de las prácticas educativas en el interior de la escuela, en la actividad de los maestros y en la manera de enseñar. Desde tiempos inmemoriales la enseñanza escolar se ha basado en el aprendizaje memorístico y la repetición, procedimientos que se mostraron eficaces para retener normas, como los preceptos religiosos o morales, y adquirir habilidades instrumentales, como la escritura, la ortografía o el cálculo. Esa forma de transmisión cultural se apoya en una teoría del conocimiento implícita, bastante simple y de sentido común, que podemos caracterizar como empirista y realista. Según ella, el sujeto forma sus conocimientos a partir de la transmisión directa y es ante todo un notario de lo que sucede en la realidad, es decir, que sólo se limita a registrar lo que sucede y su labor es fundamentalmente pasiva: está tanto mejor hecha cuanto es copia más fiel de lo que se le dice. Se supone también que para el que aprende el conocimiento ya está construido y lo que tiene que hacer es incorporárselo y reproducirlo cuando lo necesite. El peso de la educación está centrado entonces en los contenidos que hay que aprender, en la materia,

o en los valores que hay que adquirir, más que en la forma de adquirirlos.

Sin embargo, a partir del siglo XVIII algunos autores empezaron a prestar atención al niño como sujeto que aprende, a su desarrollo y a sus necesidades. Fue Rousseau uno de los que más vivamente llamó la atención sobre las características del niño y se convirtió en portavoz de un movimiento de interés y preocupación por la infancia. Paralelamente, o quizá como consecuencia de ello, se produjeron los primeros intentos de estudiar sistemáticamente el desarrollo infantil y la formación de los conocimientos, y ya a finales del siglo XVIII algunos autores recogieron los progresos del niño en su desarrollo psicológico. Pero no fue hasta finales del siglo XIX cuando se empezó a desarrollar de una manera mucho más amplia y profunda el interés por el estudio psicológico del niño y por las implicaciones que éste puede tener para la educación.

2. Los cambios sociales

DESDE esa época, y a lo largo de todo el siglo XX, han coexistido entonces tres grupos de factores que hacen precisas reformas profundas en la educación:

A) Por una parte están los factores que podemos denominar genéricamente *sociales*, que incluyen tendencias variadas entre las que podemos mencionar que las sociedades pretenden ser más *democráticas* y que todo el mundo tenga más posibilidades de acceso a los recursos. La ideología de las sociedades liberales y capitalistas incluye entre sus supuestos que el rango en el que se nace no tiene que determinar de una manera inamovible el lugar social que más tarde se va a ocupar. Hay movilidad

social, y esa ideología en su forma extrema afirma que cualquiera puede acceder a cualquier lugar social, dependiendo de los méritos y del esfuerzo. Aunque casi nadie cree que esa posibilidad se realice en la mayoría de los casos, lo cierto es que algunos consiguen llegar con su esfuerzo y ayudados por la suerte a estratos sociales que les habrían estado vedados en el orden social del Antiguo Régimen. Resulta que la educación tiene un importante papel en la movilidad social y más educación se suele traducir en la posibilidad de acceso a mejores trabajos, con más prestigio o superior remuneración.

Desde la época de la Ilustración se ha defendido además que la educación es *un bien en sí mismo*, que el conocimiento contribuye a la libertad de los individuos y al mejoramiento de su condición humana. Por eso los movimientos sociales del siglo XIX han propugnado siempre que la clase obrera tenga acceso al *máximo de educación* en régimen de igualdad con otras clases sociales. Así se ha extendido la idea de que debe existir una educación semejante para todos y sobre el papel se ha conseguido: la educación es obligatoria y gratuita en muchos países durante diez o más años. Pero también sabemos, a través de numerosos estudios que lo han puesto claramente de manifiesto, que en la realidad la escuela reproduce y mantiene las diferencias de clase en mucha mayor medida de lo que se supone que suceda en la norma o sobre el papel.

B) El segundo grupo de factores hace referencia a la *ampliación de los contenidos* y conocimientos que se transmiten en la escuela. Paralelamente a la generalización de la escolaridad para todos se ha producido un incremento enorme de lo que se pretende enseñar en la escuela. Cuando en el siglo XIX se empieza a propugnar que todo el mundo asista a la escuela, esa idea —que ya había sido defendida por

Comenio en el siglo XVII— encuentra fuertes resistencias entre algunos sectores, pues muchos sostienen que los individuos que están destinados a ocupar los lugares más bajos en la escala social no deben recibir educación, ya que de lo contrario podrían sentir tentaciones de situarse en posiciones que no les corresponden. Así en muchas escuelas para la clase baja no se enseñaban más que valores y conocimientos muy elementales. Pero esas ideas liberales de que hablábamos antes propugnan la extensión de conocimientos para todos.

Dos razones explican entonces que la escolarización obligatoria venciera esas resistencias y terminara por imponerse. Por un lado se vio que la escuela, como transmisora de valores y normas era la mejor garantía para la uniformización de los ciudadanos y para combatir la disidencia, la delincuencia y la anomia. Como se dijo muchas veces en esa época, por cada escuela que se abre se cierra una cárcel. Pero por otro lado el desarrollo del trabajo industrial y la mayor complejidad de la vida en las ciudades exige que los individuos tengan una mayor preparación de tal forma que saber leer y escribir no sólo deja de ser un lujo sino que se convierte en una necesidad imperiosa para sobrevivir en la sociedad actual. La disminución de la importancia del trabajo en el campo, y en general del sector primario, junto con el crecimiento del sector terciario, de los servicios, exige cada vez más un mayor número de conocimientos para poder desempeñar esos trabajos. Además el desarrollo del conocimiento científico y su aplicación creciente y cada vez más exitosa a la tecnología hace necesario que mucha gente necesite tener acceso a ese conocimiento científico para colaborar en la producción y distribución de los bienes. Una persona culta necesita conocer no sólo la historia y la cultura artística y literaria, sino también la

ciencia. Por ello los responsables de los programas escolares los aumentan sin cesar para que incluyan todo conocimiento que se considere socialmente relevante.

C) Al mismo tiempo que se dan las tendencias anteriormente reseñadas se produce también un mejor conocimiento del mecanismo de aprendizaje y de *desarrollo del niño*, así como de las necesidades de éste. Como señalábamos antes, la psicología ha puesto de manifiesto que el niño no es un recipiente del saber que basta con llenar, sino que es un ser activo, que busca la información, que construye sus conocimientos y que tiene sus propias necesidades, que van más allá de permanecer sentado en el aula escuchando al maestro o llenando planas. Durante muchos siglos la educación se había concebido como un proceso mediante el cual combatir y contrarrestar las malas inclinaciones de los niños. Según la tradición judeo-cristiana el ser humano nace malo y en pecado, tocado por el «pecado original», y la tarea de la educación sería arrancar y no dejar que prosperen las tendencias perniciosas que anidan en el corazón de los niños y de todos los humanos si no se las combate a tiempo. Sin embargo, la pedagogía rousseauiana vino a invertir los términos defendiendo que el hombre es originalmente bueno y que es la sociedad la que lo hace malo. Según esto de lo que se trata es de facilitar que se desarrollen las buenas tendencias que el niño tiene dentro, poniéndolo en contacto con la naturaleza y permitiendo que se desarrolle sin trabas. Así el lema «la letra con sangre entra» se oponen tendencias como «aprender deleitando».

La psicología empezó a preocuparse por descubrir cómo se van formando las funciones intelectuales a lo largo de la infancia, cómo se produce el desarrollo social y cómo se construyen los conoci-

mientos dentro y fuera de la escuela. Se ha visto que el niño, situado en un medio favorable, aprende continuamente, mientras que la escuela es muchas veces un corsé que no responde a los interrogantes que se plantea y le impide desarrollar una parte de sus capacidades. Se empezó a descubrir también que el niño tiene una vida psíquica muy rica, que posee capacidades que no se sospechaban y, sobre todo, que no es un adulto en miniatura. Autores como Freud llamaron la atención sobre las necesidades efectivas y sociales del niño y otros, como Piaget, mostraron la capacidad del sujeto para construir sus propios conocimientos.

3. La educación nueva

POR todas las razones enumeradas anteriormente, y por otras que no conocemos con seguridad, hacia finales del siglo XIX un grupo de educadores empieza a tomar conciencia de la necesidad de cambiar la educación. Sostienen que la educación que se está suministrando en las escuelas, incluso en las mejores escuelas, es inadecuada para la formación del tipo de hombre que la sociedad precisa. Hay que preparar para la vida, hay que abandonar la educación puramente verbalista y repetitiva, basada únicamente en el conocimiento de los textos y poner en contacto directo a los alumnos con la realidad, sin aprenderlo todo en los libros o a través de la palabra del profesor. El niño tiene que aprender «haciendo» y no sólo «oyendo» o «leyendo», con lo que se le convierte en un puro repetidor de cosas que la mayoría no consigue entender.

Se inician así numerosos intentos de reforma que se plasman en experiencias pedagógicas innovadoras. Son los movimientos conocidos genérica-

mente como la «escuela nueva» y la «escuela activa», con sus múltiples variedades. Pensadores notables, educadores insatisfechos con la labor que realizaban, médicos, psicólogos, filósofos, participan en este movimiento lleno de vitalidad, que se plasma en la creación de cientos de escuelas en las que se trata de poner en práctica y de experimentar diversos principios en ese momento muy innovadores; se aprende a partir de la propia actividad, la naturaleza y el mundo constituyen una fuente de enseñanzas, la escuela debe adaptarse al niño y no el niño a la escuela (se habla de la «escuela a medida»), la escuela debe servir para contribuir al desarrollo integral de la persona y no para meterla en una horma. Dewey, Kerschensteiner, Montessori, Decroly, Claparède, Neill y muchos otros nombres ilustres están asociados a esas experiencias, muchas de las cuales fueron muy exitosas, aunque como toda experiencia innovadora no se desarrollarán siempre sin problemas. En muchos casos las reformas que se proponían eran producto sobre todo de la intuición y del genio de los inspiradores de la experiencia, y se carecía de una fundamentación rigurosa de las prácticas que se llevaban a cabo, pero más tarde la investigación sobre el desarrollo del niño ha venido a dar la razón a muchas de esas ingeniosas intuiciones, por ejemplo, respecto a la importancia de la propia actividad en la construcción de los conocimientos.

Sucedía también que algunas de esas experiencias se apoyaban en exceso en un principio determinado propugnado por el fundador, a veces en detrimento de otros aspectos. Unas ponían el acento en el trabajo en equipo, otras en la realización de proyectos, otras en la actividad sensorial, en la organización democrática de la escuela, en la autorregulación de los individuos, en la atención a sus nece-

sidades efectivas, etc., pero aunque fueran incompletas potenciaban aspectos esenciales del desarrollo del individuo. En conjunto puede decirse que esas experiencias pedagógicas, principalmente del primer tercio de nuestro siglo, constituyen una mira riquísima de enseñanzas para mejorar la escuela.

Lo que sin embargo resulta más sorprendente, y esto sí debería ser objeto de la investigación más cuidadosa, es por qué ninguna de esas experiencias, ni la mejor de todas en su conjunto se ha impuesto y ha pasado a ser un componente esencial de la actividad pedagógica actual. Es cierto que algunas de esas adquisiciones han entrado, por lo menos en sus formas más superficiales en la práctica escolar, y también se puede observar que los supuestos de la pedagogía activa o de la psicología del desarrollo perfuman las declaraciones iniciales de los programas escolares o de los intentos de reforma. Por ejemplo, Piaget aparece frecuentemente citado y algunas de sus ideas se recogen, a menudo de la forma más trivial, en las propuestas pedagógicas oficiales. Pero si nos fijamos en la práctica pedagógica vemos que no han calado muy hondo.

4. La necesidad de las reformas

EN efecto, como ya habían señalado los reformadores de hace un siglo, los niños no aprenden la mayor parte de lo que se les enseña, mientras que mucho de lo que aprenden no les sirve para nada ni son capaces de utilizarlo en su actividad o en la interpretación de la realidad, y el conocimiento sigue siendo prioritariamente verbalista. Muchos de los alumnos no aprenden a pensar en la escuela, o lo hacen en una medida mínima; la escuela

no tiene en cuenta sus intereses y los sigue considerando como una pizarra en blanco sobre la que la instrucción escolar tiene que escribir «la verdad». Por ello no es de extrañar que la escuela, a pesar de ser en teoría igual para todos, reafirme las diferencias sociales y que los sujetos de clase acomodada y de ambientes profesionales tengan muchas más posibilidades de éxito escolar que los de clase baja: unos adquieren en su medio las capacidades que se supone que la escuela debería proporcionarles y los otros tienen pocas posibilidades de acceder a ellas.

Es cierto que hay escuelas excelentes, maestros entregados a su tarea que consiguen inculcar la pasión por el saber en sus alumnos, pero si entramos al azar en una escuela cualquiera, en un día cualquiera, casi seguro que nos encontraremos con que se está enseñando de forma no muy distinta a como se hacía varios cientos de años atrás: los niños tratan de memorizar algo que no entienden y que no les interesa, hacen ejercicios repetitivos y mecánicos, copian, calculan, pero se les incita poco a pensar, a descubrir, a experimentar por sí mismos. Es cierto que muchas cosas han cambiado en las escuelas: los libros tienen colores y muchas ilustraciones, se habla de educación para la salud, de educación vial, para la convivencia, etc.; las aulas son más luminosas, los bancos no están clavados al suelo, los contenidos de las materias son más modernos, el estudio del catecismo ha perdido su papel central, e incluso ha desaparecido. Las formas más extremas de respeto a la autoridad se han diluido, los alumnos no se tienen que levantar cuando entra un adulto en el aula, no utilizan tratamientos rimbombantes para dirigirse a la maestra, pero no han desaparecido, sino que se han ocultado. Aspectos esenciales del trabajo escolar, como la sumisión intelectual a la autoridad del maestro o del libro de texto, la actitud hacia el saber

que se trata como algo inamovible e intemporal que sólo hay que aprender a repetir (como antes el catecismo), el respeto acrítico hacia la norma, el papel mínimo de la actividad reflexiva, apenas han variado. En ciertos aspectos puede decirse que se ha cambiado de catecismo, pero no el modo de aprenderlo.

Los gobiernos son conscientes de la inadecuación de la educación a la situación social y por ello proponen periódicamente reformas educativas. Es más, todo ministro de educación que se precie pretende dejar su nombre asociado con una reforma de la educación. Pero frecuentemente esas reformas que se inician como cambios profundos se quedan en modificaciones administrativas sobre los nombres de las etapas, las edades a las que se accede a los distintos niveles de la educación o sobre los contenidos de los programas.

Sucede también que la educación es un terreno muy sensible que puede provocar muchas susceptibilidades en padres, profesores y en la población general, o en grupos de presión retrógados como la Iglesia. Por ello los gobiernos, prácticamente con independencia del signo que sean, aunque naturalmente es más acentuado en los gobiernos de derechas, son muy timoratos y cautelosos con los cambios educativos.

Por otra parte hay que pensar que si una institución que funciona de una manera tan anacrónica se mantiene es porque de alguna manera cumple su función, quizá no la función que se le atribuye explícitamente, pero sí otra no tan aparente. Aunque hoy se diga que la escuela debe contribuir a la formación de ciudadanos libres y conscientes, posiblemente lo que se siga esperando de ella es que forme súbditos disciplinados que no piensen demasiado en temas generales o en asuntos que estén alejados de su ámbito de actividad profesional, cosa que, caso

de suceder, contribuiría a hacerlos infelices al darse cuenta de lo absurdo de muchos aspectos de la vida social. Cuando la escuela obligatoria se generaliza es para homogeneizar los valores e impedir las disidencias. Si hoy se sigue enseñando en las escuelas de forma muy semejante a como se hacía entonces, tal vez sea porque en el fondo las cosas no han cambiado tanto. Parecía que el deseo profundo de los que nos gobiernan es mantener intacta su dominación aunque las formas cambien y se dulcifiquen en apariencia.

Por ejemplo, respecto a los cambios educativos en los Estados Unidos de América, se ha señalado que cada vez que se entra en un período de crisis social las escuelas se han orientado hacia el reforzamiento de los valores patrióticos, de la socialización y de ajuste personal, mientras que se descuida la formación científica y técnica, en tanto que en los períodos de bienestar sucede lo contrario y se presta un poco más de atención al conocimiento.

Hoy parece absolutamente necesario iniciar reformas educativas en profundidad, que necesariamente tienen que ser lentas, pero no deberían quedarse en operaciones de maquillaje puramente superficiales. A los tres grupos de factores de cambio que mencionábamos más arriba habría que añadir un cuarto más reciente pero que afecta igualmente a la sociedad en su conjunto y a la escuela. Me refiero al papel preponderante que han alcanzado los *medios de comunicación*, y particularmente la televisión, en la sociedad actual, cosa que tiene una influencia decisiva sobre la política o la vida cotidiana. El hecho de que para ser presidente de los Estados Unidos o Papa, por citar dos ejemplos, lo importante no es lo que se sea sino lo que se parezca y que ser un poco actor (o «buen comunicador», como se dice) sea una

ayuda importante para ocupar esos puestos, no deja de ser algo llamativo. Los sujetos reciben una cantidad de información enorme que les llega a través de esos medios y sobre todo de la televisión. Esa información, apoyada en la imagen, no propicia la reflexión sino todo lo contrario. Es muy atractiva, no exige esfuerzos mentales para recibirla, está descontextualizada y crea fácilmente estados de opinión, mientras que no favorece el pensamiento propio, sino la incorporación acrítica. En cambio la escuela podría ser el lugar en donde se fomentará la construcción de modelos adecuados de la realidad, el análisis de los propios mensajes de los medios de comunicación, y en definitiva el entrenamiento en pensar y en el pensamiento crítico.

En este sentido la televisión es posiblemente más eficaz que la escuela para inculcar cierto tipo de valores, y desde luego para transmitir información. Todo esto hace todavía más necesario que la escuela tenga que replantearse sus funciones y convertirse en algo completamente distinto de lo que ha venido siendo hasta ahora. A veces supuestos reformadores pretenden basar la reforma de la escuela en la introducción de nuevas tecnologías, como pueden ser los medios audiovisuales o los ordenadores, pero eso sólo sirve para enmascarar el problema y no buscar auténticas soluciones. En efecto, por decirlo con pocas palabras, estos nuevos instrumentos sólo son máquinas que, como todas las máquinas pueden ayudarnos en el trabajo y que pueden simplificar ciertas tareas, pero todo depende de como las usamos. Si no se cambia de enfoque con las nuevas tecnologías se puede hacer una educación tan conservadora como sin ellas, lo importante es cómo orientemos la actividad educativa de otra forma, y sobre todo que estén claros los fines que pretendemos conseguir con la educación.

5. Un cambio de la escuela

S ABEMOS que los niños están formando sus conocimientos de una forma espontánea desde que nacen y que los construyen a partir de su propia actividad. La experiencia del individuo es un elemento fundamental en la elaboración de los conocimientos y la acción transformadora de la realidad constituye una fuente fundamental de conocimiento. Aprendemos actuando sobre la realidad y registrado las resistencias que ésta ofrece a las transformaciones materiales o mentales que realizamos sobre ella. Pero el saber tiene además una dinámica propia y los sujetos tienen que familiarizarse con esa dinámica. Eso resulta muy difícil de adquirir fuera de la escuela y los medios de comunicación son poco eficaces en ese terreno. La experiencia del alumno necesita entonces organizarse en sistemas conceptuales que la humanidad ha ido construyendo a lo largo de mucho tiempo. Sin embargo, esa construcción, lo que conocemos como la ciencia, se ha elaborado en relación con necesidades concretas y ha servido para dar respuesta a ciertos problemas y todo eso permanece ausente en la escuela: cuáles son las necesidades a las que el conocimiento responde; por el contrario las enseñanzas se proporcionan como si fueran intemporalmente válidas e independientes de problemas concretos.

Así pues, aunque el sujeto tenga que construir los conocimientos por sí mismo, las condiciones en las cuales los construye constituyen un elemento importante de su aprendizaje. Aquí la labor del profesor resulta esencial y consiste en poner las condiciones para que el alumno aprenda, más que en enseñarle directamente. Su tarea es absolutamente fun-

damental pues él es el que puede facilitar que el niño aprenda a organizar sus experiencias limitadas en sistemas conceptuales de carácter más amplio y el que puede enseñarle cómo se adquieren los conocimientos de tipo abstracto. Si el profesor se limita simplemente a transmitir conocimientos ya construidos todo el peso del trabajo recaerá sobre el alumno. Algunos conseguirán construir explicaciones y modelos de la realidad complejos mientras que otros se quedarán en una pura repetición de lo que han aprendido.

Para conseguir estos fines la escuela debería transformarse en un laboratorio desde el cual analizar la realidad circundante. La enseñanza escolar ha de nutrirse de la realidad social y física para aprender a analizarla, a comprenderla y a explicarla. Esto va unido, entonces, a la necesidad de establecer vínculos mucho más fuertes con el entorno. En muchos aspectos se ha ido produciendo una progresiva separación de la escuela del entorno social en el que está inserta de tal manera que son centros aislados en los que se mantiene a los niños durante horas.

Pero para que cambie la actitud de los profesores y su forma de trabajar no basta con modificar la legislación ni con elaborar farragosas instrucciones sobre el «diseño curricular» y asuntos semejantes. Se requiere un trabajo mucho más difícil, mucho más constante, mucho más a largo plazo —y posiblemente menos lúcido desde el punto de vista político— que tiene que poner un énfasis especial en la formación de los nuevos profesores, pero que tiene que alcanzar también a cada uno de los que ya están ejerciendo. Ésta es una tarea de enorme complejidad que requiere dedicarle mucho esfuerzo y muchos recursos. Para realizar su labor de una manera satisfactoria es preciso que el profesor disponga de ma-

teriales que sean modelos de trabajo en los distintos temas, y aquí también hay que realizar un esfuerzo que la Administración debe impulsar.

Pero son necesarios además cambios en la valoración social de la educación y de la función del maestro. La tarea del maestro es difícil y sin embargo, recibe una consideración social baja de tal modo que se supone que casi cualquiera está capacitado para enseñar en una escuela. Además su remuneración es baja y eso, en una sociedad de mercado, no facilita el que se dirijan hacia esa actividad las personas más capacitadas. Los padres, por su parte, están acostumbrados a que sus hijos aprendan de una determinada manera y van a presentar resistencias frente a las innovaciones educativas, que sólo pueden salvarse con información e incorporándoles al proceso educativo. Mientras no se trabaje por llegar a estas condiciones las reformas educativas no tocarán más que la superficie de la educación.

Así pues los cambios fundamentales podrían resumirse en los siguientes puntos:

- Inserción de la escuela en el ambiente que la rodea facilitando la participación en la actividad escolar de maestros, padres y otros adultos del entorno.
- Cambio de la actividad escolar hacia el análisis de la realidad en vez de hacia la transmisión de conocimientos.
- Cambio de la estructura de las escuelas para convertirlas en centros de recursos para el aprendizaje. Las aulas que deben transformarse en laboratorios desde los que analizar la realidad.

Ya que no podemos tocar ahora todos estos puntos vamos a referirnos brevemente para terminar a las vinculaciones de la escuela con el entorno social.

6. La escuela y su entorno

UNA de las cosas que más profundamente tienen que cambiar en el futuro de la escuela es su relación con el entorno social. La escuela ha venido siendo un centro replegado sobre sí mismo en el que se mantenía a los niños para evitar que salieran afuera, realizando además unas actividades que se referían a la propia escuela. Es como una especie de clausura durante unas cuantas horas al día, y también como una fábrica en la que se prepara para la vida futura adquiriendo ciertos hábitos. La escuela está cerrada sobre sí misma, y en ella se estudia, antes que nada, para poder pasar los exámenes, para poder seguir dentro del sistema escolar, pero no para conocer el mundo. El mundo se puede conocer a través de películas, a través de la televisión, viajando, en la calle, en la casa, pero la escuela es una cosa completamente distinta. Naturalmente esto está ligado a la concepción de la escuela como lugar de pura transmisión y almacenamiento y del alumno como organismo pasivo que se limita a reproducir el conocimiento.

Por el contrario, si concebimos una escuela como lugar que facilita la construcción del conocimiento y que inicia en los procesos de pensamiento y en la autonomía del individuo, tenemos que abrir la escuela hacia el exterior. Las relaciones entre escuela y sociedad tienen que ser estrechísimas y la escuela no puede permanecer ajena a ninguno de los problemas que se plantean dentro de la sociedad. La escuela solo podrá cambiar cuando cambie el papel de alumno en ella. Ese cambio contribuirá a cambiar la escuela y la sociedad, pues de las escuelas saldrán otro tipo de alumnos, alumnos que entienden el mundo y que son capaces de pensar sobre él de forma autónoma, con ideas propias.

En dos sentidos por lo menos tiene que estar la escuela abierta hacia el exterior. Por un lado ocupándose de los problemas del mundo como punto central de la actividad escolar. Pero en segundo lugar también tratando de aportar soluciones a esos problemas del exterior, es decir, siendo una institución activa en el medio social en el que se encuentra. Para ello la enseñanza no puede quedar sólo en manos del maestro, sino que tiene que ser toda la sociedad la que enseñe.

Hasta ahora las escuelas han sido prioritariamente, como acabamos de señalar, centros de reclusión de los niños durante unas cuantas horas al día. La escuela ha desempeñado escaso papel en su medio, aparte de mantener a los niños ocupados, y dar así la oportunidad de que los adultos se dediquen a sus cosas. Pero no ha ofrecido nada hacia afuera. Sin embargo, podría proporcionar muchas cosas a la comunidad en la que se encuentra situada. Puede ofrecer cultura, conocimiento, un lugar de intercambio, un centro social. Resulta absurdo el despilfarro que supone mantener unos edificios amplios y numerosos para utilizarlos sólo algunas horas al día, cuando podrían servir durante mucho más tiempo.

7. La escuela abierta a todos

LA escuela debe ser un centro de difusión de la cultura abierto a todos, no sólo a los niños. Para realizar su tarea la escuela debe disponer de medios e instalaciones adecuados. Estas instalaciones deben estar al servicio de la comunidad. En ella pueden existir diferentes tipos de talleres desde carpintería, mecánica y bricolaje, hasta vídeo, música, fotografía o sala de lectura, que pueden tener un

uso muy amplio. En concreto en la escuela se pueden organizar cursos y actividades de formación de adultos, conferencias, exposiciones, proyecciones de películas, etc., para contribuir a la formación de los que lo deseen, y en este sentido la demanda es cada vez más amplia si se ofrecen actividades interesantes.

Naturalmente, la tarea educativa en la escuela no puede estar únicamente en manos de los profesores. Decimos que los vínculos con el entorno han de ser estrechos y es importante la participación de toda la comunidad en las actividades escolares. Pero esa participación no basta con que se limite a que algunos padres estén en algún comité o consejo escolar. Por el contrario hay que procurar que compartan sus experiencias con los niños, incluso dentro del aula. Los adultos pueden venir a la escuela a enseñar de forma esporádica o con alguna permanencia. Una madre puede ser médico y venir un día a hablar de las enfermedades infecciosas, o de los microorganismos que viven en el agua. Un padre puede dedicarse a cultivos tempranos y explicar como se consigue obtener varias cosechas bajo plástico, o los problemas que plantean las plagas en esas condiciones. Una madre que trabaja en un banco puede explicar cómo automatizan los pagos o cómo están organizados los cajeros automáticos.

Pero no todas las personas que participen en las actividades de la escuela tienen que ser padres. Cualquiera puede ir a hablar de su experiencia. Naturalmente tiene que hacerlo en términos comprensibles para los niños y de forma que se relacione con el resto de sus experiencias y de su aprendizaje, y es el profesor el que lo puede organizar, aunque también puede haber un grupo de chicos que organicen experiencias o la participación de personas. Igualmente los chicos deben hacer visitas fuera de la escuela.

Pero la escuela no debe limitarse a recibir las aportaciones del exterior sino que también puede contribuir a las necesidades de la comunidad, y puede hacerlo, en primer lugar, ofreciendo sus servicios a todos, pero también interviniendo en problemas o discusiones que se planteen en el entorno y ofreciendo puntos de vista, datos.

Imaginemos que nos encontramos en una pequeña localidad en la costa que durante mucho tiempo ha sido una pequeña aldea de pescadores que poco a poco se ha ido viendo inundada por el turismo. El turismo, durante unos cuantos meses al año supone trabajo en la hostelería y los servicios para muchos habitantes de la localidad. Ha proporcionado también un auge considerable para los constructores de la localidad que han edificado numerosas viviendas y ha supuesto entonces nuevas formas de trabajo. Pero todo ello ha alterado profundamente las formas habituales de vivir y está cambiando rápidamente el medio. Algunos vecinos se inclinan por controlar y encauzar ese crecimiento, poniéndole restricciones y limitaciones, mientras que otros son partidarios de impulsarlo lo más posible dado que es una fuente de riqueza para la localidad. Unos argumentan que el medio ambiente se destruye, que el encanto que tenía la localidad se está perdiendo y eso a la larga tendrá efectos negativos en cuanto que terminará por detener el crecimiento. Otros en cambio ven esa posibilidad como muy lejana y son partidarios de aprovechar al máximo la situación actual. Ese es un problema de discusión cotidiana que enfrenta entre sí a miembros de la asociación de vecinos, muchas veces con argumentos poco elaborados y dando lugar a discusiones básicamente pasionales.

Naturalmente esa problemática llega también a los niños y les preocupa, por lo que puede conver-

tirse en objeto de la actividad escolar. El crecimiento de la localidad constituiría un tema de estudio, analizando cómo se ha producido ese crecimiento, cuál ha sido la evolución demográfica en los últimos años, cómo han cambiado las condiciones y el nivel de vida, cómo han ido modificándose los servicios, y de esta manera se puede llegar a recoger una documentación importante en la escuela que ayude no sólo a los niños a entender mejor el problema y a formarse una opinión más exacta sobre él, sino incluso que pueda proporcionar datos a los adultos para tomar posiciones y hacerlas más claras.

Si estamos en una localidad en la que tiene importancia la apicultura y se ha producido una plaga que ataca a las abejas, los chicos pueden recopilar documentación sobre el problema, realizar experimentos y tratar de buscar soluciones o al menos entender los diversos aspectos del problema.

Esto no son más que ejemplos triviales de cómo puede tomarse un tema del medio y tratarlo en la escuela. El análisis del problema incluye estudios de tipo demográfico histórico, de cambios en las costumbres, pero también sobre la flora y la fauna, sobre la evolución de los tipos de cultivo, sobre los cambios en los oficios, etc., etc., es decir, una información muy rica, que cubre muchos campos de la vida humana y que afecta a diferentes disciplinas que se estudian en la escuela.

Hay que traer a la escuela los problemas del exterior, pero incluso los problemas sociales, los conflictos, los problemas políticos, los temas de preocupación y discusión social como la subida de los impuestos, el aborto, la pena de muerte, construcción de un nuevo centro comercial en la localidad, de una autopista, de un aeropuerto o de una fábrica, los conflictos entre grupos de vecinos, todas esas cosas pueden ser objeto del estudio dentro de la

escuela, no sólo como temas importantes, sino para tratar de contribuir a la solución. En muchos casos los alumnos, con la ayuda del profesor, y con el recurso a expertos, pueden contribuir a buscar soluciones y sobre todo a facilitar un mejor entendimiento de los problemas, más racionalidad y menos apasionamiento ciego.

Se comprende la importancia que puede tener trabajar en esta línea. Los resultados del trabajo de los escolares tienen una incidencia sobre la vida social. Lo que ellos hacen no es una tarea estéril y puramente repetitiva sino que contiene aportaciones, por pequeñas que sean, a problemas reales del entorno. Esto hace además que los adultos vean un sentido distinto en la actividad escolar y que aprendan a respetarla por sí misma, no sólo como

una llave para un futuro mejor de sus hijos, o como un rito que hay que cumplir, sino como algo útil en sí mismo.

Una escuela de estas características sería entonces algo muy distinto de los actuales centros escolares y proporcionaría una mejor integración social con la participación de todos. No sólo serviría para que los niños aprendan, y aprendan cosas útiles para su propia vida, sino que contribuiría a fomentar las relaciones entre los individuos y a fomentar los vínculos sociales en un momento en el que existen tantas fuerzas que favorecen la desintegración social, el individualismo y la marginación de muchos. Las reformas educativas deberían plantearse objetivos a largo plazo buscando unos lazos más firmes entre escuela y sociedad.

Resumen:

El presente artículo es una reflexión crítica sobre el papel que ha cumplido la educación a lo largo de la historia y que aún desempeña en nuestros días. En él se analizan las repercusiones que los cambios políticos, económicos y sociales tienen en la educación; se describen los factores que hacen necesaria una reforma educativa en profundidad y, finalmente, se sugieren algunas indicaciones sobre cómo debería ser la escuela para proporcionar a los alumnos una educación que les permita analizar, comprender y explicar la realidad de forma que se diviertan en el proceso.

Palabras clave: Escuela, Educación, Innovación educativa.

Abstract:

In this paper a critical reflection is made about the role education has played in history and still plays in present times. This is accomplished by analyzing the impact in education of political, economical and social changes. The factors that make necessary an educational reform are deeply described. Finally some clues are suggested about how should be the school in order to provide pupils with instruction which allow them to analyze, understand and explain reality in such a way that they enjoy the process.

Key words: School, Education, Educative innovation.